

TUNEL DE SOMBRAS

Algriseo



Image not found.

Capítulo 1

TUNEL DE SOMBRAS

El metro era tan viejo como la ciudad, la Estación Imperial estaba a nivel de tierra en el barrio Viejo, una hermosa localidad de la ciudad que aún conservaba el toque victoriano de la arquitectura de aquella época confusa y mística. Para acceder a la estación era necesario acceder por unas escalinatas en mármol, pasar por unas viejas taquillas y caminar un túnel de cien metros de largo, el túnel arranca justo donde terminan las escaleras de acceso, se separaba de las vías del tranvía por diez poderosas columnas corintias y por un abovedado de cristal puro y casi impío; lo que le daba un toque majestuoso, además que en él se encontraban plasmados cantidades de bajorrelieves y pinturas de sitios y hechos históricos, el *Templo de Salomón*, la *Caída de Roma*, la *Marcha de Sal*, el *Big Ben*, la *Revolución Francesa*, la *Comuna de París*, el *Templo de Suria* y la *catedral de San Basilio*, nombradas en el orden en que se podían encontrar desde la entrada hasta el fin del túnel, en el cuál se encontraba el *Rostro de Poseidón* en tamaño familiar. Aún con su pura y grandiosa belleza, la hermosura del túnel —que en si era la estación misma— radicaba en la perfecta iluminación que tenía, en el piso del túnel se encontraban cientos de miles de bombillas que proyectaban su luz en dirección hacia la bóveda y el cielo, los arquitectos que construyeron la estación imperial las pusieron en el suelo para no estropear las obras de arte en las paredes, ni para estropear la vista del cielo a través de los grandes cristales curvos que hacían de las estrellas en la noche un espectáculo meramente astronómico y verdaderamente perfecto. Siendo así que las luminarias del suelo, durante las noches proyectaban las sombras de la gran cantidad de transeúntes de la estación, en matices grises y azulados que se entrecruzaban con las obras de arte, y que generaban una perfecta combinación de movimiento y luz, todo acompasado por la armonía de los zapatos al andar bajo la bóveda, al andar bajo el cielo.

Aquel día la historia lo recordaría muy bien, era de noche, las nueve en punto y el invierno se hacía sentir como nunca antes lo había hecho. Esa noche se celebraba el *Sabbat de Yule* y Carl avanzaba con su gabán flotándole entre sus muslos, el afán lo llevaba de un hilo mientras entraba en el túnel, iba del trabajo a casa donde lo esperaban desde las ocho para el ritual de la noche larga, su bufanda roja para el frío ondulaba creando sombras fantásticas en los muros del túnel, si te fijabas atentamente podías ver la sombra de la bufanda creando un oleaje en la pared, parecía que simulara la cimentación divina en el cielo del *Templo de Salomón* para posteriormente convertirse en la túnica que cubriera el cuerpo difundo del gran imperio, en la *Caída de Roma*. Tenía que subir a la ruta 12 y bajarse tres estaciones hacía el sur, caminar tres cuadras desde la estación y cruzar su jardín, llevaba una gran caja de cartón, en la

que curiosamente había una réplica miniatura del metro que iba a abordar, un preciado juguete para su único hijo, Vladimir.

Al otro lado de la estación, a diez metros del *Rostro de Poseidón* en una banca de madera y aluminio, Federico pensaba atentamente en la idea de la muerte de dios, se le revelaba borrosa mientras su mente divagaba en el tiempo, esperaba a su amante Lu Salomé que venía en un tren, la ruta 9, dos estaciones al sur cerca del ayuntamiento, donde ella trabajaba. Por qué se demora tanto, pensaba su mente turbada por las sombras de los pasajeros que iban y venían sobre las plataformas de abordaje entre las columnas del túnel, se le antojaba el cielo profundo con su manojito de estrellas brillantes cuando le sonó el móvil, era Lu. Efectivamente, esa noche su amante perdida no llegaría a la estación imperial, estaba con Paul, un amigo común, no le dijo a dónde iban ni dio explicaciones, miró hacia su izquierda e identificó entre las sombras el *Templo de Suria* y con una risa irónica se dijo a sí mismo que esa noche las estatuas de dicho templo disfrutarían más del éxtasis del amor que él, y pensó que quizá debería ir a rezar misa, sugestionado por la imagen de las cúpulas rusas de la *Catedral de San Basilio*.

Los rieles de la ferrovía chirreaban con un tono agudo cada vez que los frenos metálicos del metro se ajustaban a los bordes para disminuir su marcha, los estallidos de bombas lejanas se escuchaban a lo lejos, como lamentos fantasmales, la guerra estaba a las puertas de la ciudad que aún mantenía su ritmo rutinario y rítmico. Marie se apoyaba de espaldas contra el retrato de *Gandhi* junto al océano Índico recogiendo la sal con sus propias manos. Pierre, su hermano, jugaba con un carro de juguete bajo el calor del retrato variopinto de la escena de la *Comuna de París*.

Schlomo revisaba su reloj de bolsillo, la cadena que lo sujetaba flotaba pendularmente en el aire, su sombra se confundía espléndidamente con las cadenas rotas de la Bastilla en el bajorrelieve de *la Revolución Francesa*, la sombra de la chistera que llevaba puesta se posaba cómicamente sobre la cabeza del exiguo rey Luis XVI, que borboteaba montones de sangre a través de la canasta de mimbre que recogía las decapitaciones de la máquina preferida de los jacobinos, la guillotina. Fumaba un puro tranquilamente esperando que el tiempo pasara, la forma fálica del *Big Ben* se entrecruzaba con la sombra del puro formando una cruz que rayaba con la blasfemia en su formación. Schlomo era médico neurólogo, venía del hospital del este en donde había atendido fuertes casos de angustia crónica producidos por las sombras de la guerra que se aproximaban a pasos lentos y agigantados sobre la ciudad, le impresionaron las historias de los hombres que entraban en la locura, historias a cerca de bombas que destruían todo a su paso, de gigantes aviones que descargaban su furia explosiva sobre la tierra quemada, por eso estaba allí, en la estación imperial fumando un puro y admirando el cielo estrellado, estaba intentado despejar su mente de los fantasmas que

lo perseguían.

Eran las nueve con tres minutos, las alarmas refulgían ruidos agudos, el tiempo se había paralizado, al parecer las sombras de la guerra ya llegaban al centro de la ciudad. Al fin, una sola bomba, un destello que fulminó el túnel, fulminó de una luz insoportable toda la estancia, los bajorrelieves se iluminaron hasta quedar de una blancura ínfima, las pupilas de los ojos se estropearon por la gran cantidad de luz, un milisegundo después, una explosión radiactiva desintegraría átomo por átomo, con un desencadenamiento mortal y a una velocidad cercana a la de un haz luminoso en el vacío. El famoso túnel de sombras seguiría siendo de sombras, pero desde una perspectiva más horrorosa, más personal; pues todos los cuerpos que se encontraban bajo la bóveda de cristal habían formado sombras carbonizadas, una perfecta proyección de su ser en los muros. Muchos como Carl quedaron fundidos al Templo de Salomón, otros quedaron incrustados en formas sexuales y extrañas como si fuesen una escultura más, dedicada al sexo, en el Templo de Suria y con Federico en su ápice. Y en el Big Ben, clavado en el gran reloj con sus brazos de carbono como manecillas, Schlomo se discurría oscuro en la prefectura de la perfecta y agria escena. Sombras del túnel, sombras de muerte, sombras de radiactividad y guerra.